

ÚLTIMO EXILIO

“LA MARAVILLA SURGE DEL ENGAÑO”

Por Anamari Gomis

Último exilio de Federico Patán es una pequeña joya narrativa, permítaseme decirlo de entrada. Sus 140 páginas resultan un logro de tipo formal y además crean un universo poderoso en el que el lector queda atrapado, una vez que las anécdotas, en un principio desconectadas de una historia, se aclaran hasta crear un orden perfecto.

Tras lo cotidiano se esconde lo esencial. El que lee lo sabe de alguna manera, pero *Último exilio* consigue que el anti-héroe del relato se lo haga experimentar. En las conversaciones acaso simplonas entre una madre y un hijo, segregados de la vida del padre, se traba el tamaño del complejo edípico. Eugenio, émulo de Ulises, inicia un largo viaje, en este caso imposible, que no es más que la respuesta a una expulsión de origen. El único asidero, perturbador de la memoria, es el recuerdo de Circe, quizá un antifaz simbólico de la figura materna: hermosa y mala. En México Circe se llama Corinte y en España Leandra, la Leandra.

Se tejen, entonces, las memorias, y la verdadera Penélope es la escritura, escritura creciente, que hila una trama en la que la descripción tradicional ha sido sustituida por la presencia de datos suficientes. ¿Cómo, entonces, irrumpe la tragedia?

“La maravilla surge del engaño”, dice el implacable narrador, siempre entrometido. La vida, tal parece, puede convertirse en una serie de desaciertos, mientras que el arte es una construcción en la que los elementos que lo forman son previsibles. La Guerra Civil Española y el consecuente exilio para quienes lucharon del lado republicano y para quienes con su mirada de luz apoyaron el andar trajinoso de la historia (interrumpido después durante 40 años) son madre y padre de íntimos y silenciosos exilios interiores. México, para muchos, no fue la Tierra de la Gran Promesa sino la cueva tibia, moderadamente protectora, en la

que habían de envejecer los hombres y las mujeres y de repetirse los errores: “...este cansancio desproporcionado de hombre viejo que se sabe viejo. Cerca de sesenta años y miras atrás con desconsuelo, buscando las razones de esta sinrazón llamada vida”, se dice, o lo dice Telémaco, siempre a la búsqueda afanosa del padre fracasado que ha enfermado, como se dice eufemísticamente en los cuentos de hadas cuando a un personaje le ha dado por la bebida.

Y ¿dónde la tragedia?

La naturaleza de la tragedia, a juzgar por los grandes dramas griegos, radica en un mal colectivo. El exilio, sin lugar a dudas, es, pues, una tragedia. Y el dolor de las diásporas, para sentirlo si no se ha vivido, hay que personalizarlo, localizarlo para exponer la herida. Patán lo consigue con estruendosa fuerza, situando al sujeto del drama en un triste cuarto de hotel y enfrentándolo al libre fluir de los recuerdos, de la concatenación de hechos que hablan de una rotunda derrota personal y, ya qué duda nos cabe ahora, histórica en su momento. Eugenio, el personaje, invocado por un Telémaco narrador, oculto y presente, se nos muestra con toda la capacidad de su desdicha, intuida por el hijo que lo miró vivir como un ausente.

“La nostalgia de espacios abiertos [...] es una de las nostalgias más antiguas.” Eugenio tenía nostalgia del camino, como Odiseo. Aun recién casado, en la España que habría de perderse, Eugenio padecía un “afán de horizontes”. Aquí se pronuncia el inicio del drama interior,

la nostalgia por lo que no se conoce pero que se sabe perdido de antemano. Es esta probablemente la verdadera maldición bíblica, implícita en todas las historias: el hombre bebe el vino de la aventura y la mujer lo aguarda, rencorosa y prisionera, pero dueña del hijo.

Último exilio narra los desencuentros constantes en el vivir cotidiano a la manera de un “nouveau roman” al revés, en el que la anécdota no se desintegra sino que se procura cuidadosamente y se construye mediante repeticiones que adquieren significado a medida que avanza la escritura. No se trata de la implacable “école du regard” francesa, donde una observación neurótica hace del texto una novela policiaca intimista y el perseguidor que es el que narra, exhibe a la escritura a la manera de una trama con principio e hilos engañosos. No, *Último exilio* sigue la pista, hasta encontrarla y mostrarla, de una historia personal terrible y pequeña, tras anécdotas que crecen y se significan. El tono poético, incluso cierta puntuación o cesura a la hora de continuar los párrafos que surgen de la poesía, se anida hábilmente al contenido, reiterado, de la narración: “La cama solitaria es el paraiso cotidiano; el limbo, quizás mejor. Tierra baldía sin pinos ni sirenas ni mares ni chozas africanas”. Acaso con esta cita se ejemplifique el asunto que esencialmente trata la novela de Federico Patán: es decir, cualquier afán por horizontes desconocidos (sugeridos por las historias de aventuras) no son más que un divertimento, un *scherzo* de continuados exilios interiores. El que tiene nostalgia, padece, y entre tanto la vida corre, el hijo crece y se vuelve un desconocido y la mujer envejece a destiempo. No existen más que desencuentros y desaciertos, empujando por los desastres históricos.

Empecinado cinéfilo, Patán sabe, como narrador, mirar y poner los objetos en un espacio, como también pudo saberlo Eugenio, cuyo gusto y talento por la pintura fueron simplemente coartados por una existencia dejada de la mano del arte. Pero además, el escritor de *Último exilio* enmarca con precisión el dato breve, el trazo anecdótico de aparente poca importancia en cuadros de enorme significancia:

“Y el niño corriendo por entre la hierba. Paxarín, paxarín. ¡Que asustas al niño! ¿Haré alguna vez algo que te parezca bien? Y se alejaba por el pradillo hasta un árbol cualquiera, bajo el



cual se tumbaba a leer el periódico dominical."

En breve vuelo, un *flash back* narrativo nos entrega a la dinámica familiar: "¿Que asustas al niño! ¿Haré alguna vez algo que te parezca bien?". Una rápida mirada permite que el mundo, un mundo surja ante nosotros. Eso que se dice, por si fuera poco, es una revelación, una revelación inmediata que el lector puede interrogar. No hay más, no hay entretenimiento narrativo, sólo queda la dificultad.

Por otro lado, y al margen del descon-

de ahí que la figura de Circe, la fugacidad del encuentro con la prostituta, reanime a nuestro personaje.

En cuanto al narrador de *Último exilio*, voz principal, queda por dilucidar mucho de su procedencia. Podríamos decir que no se trata, no, de un solo narrador, sofisticado pero unívoco. El que habla es Telémaco, es decir, el hijo de Eugenio que vino a crecer en México, en el exilio. Es él el que pronuncia la segunda persona del singular, porque ha decidido entablar un diálogo con el padre. En cierta medida, esto es cierto. La novela presenta a un narrador curioso y tenaz.

AMÉRICA LATINA EN SUS IDEAS

IDENTIDAD DE UN CONTINENTE

Por Víctor Hugo Piña Williams

Recientemente, en el Seminario sobre la Integración Latinoamericana realizado en la Universidad de Sevilla, el doctor Leopoldo Zea leyó un escrito titulado *Identidad e integración en América Latina* ("La Jornada Semanal", núm. 119, 28-XII-1986) en el que refiere la complicada formulación de la identidad de Latinoamérica, la aparentemente imposible conciliación de su identidad. Sin embargo, de modo curioso, dicha identidad al parecer descansa justamente en su complejidad y en los orígenes y razones de ésta. Así que cada intento que se practica con el fin de asir las notas constitutivas de lo latinoamericano y las dificultades de la conciliación entre ellas, está apuntando hacia esa identidad, al mismo tiempo que se hace formulación de ella por el acto mismo de razonarla, ponderarla y buscar definirla.

Por otra parte, a causa de los momentos acuciantes que hoy vive y padece la América Latina, resulta urgente que su identidad sea continuamente subrayada y reformulada en niveles superiores que se sustenten siempre en lo esencial, pero que recojan las contingencias de este tiempo y de la misma evolución de las meditaciones en torno de la identidad latinoamericana. Esa preocupación existe con oportunidad en el texto ya citado del doctor Zea, y también, con similar oportunidad, motiva y sustenta ejemplarmente la realización del libro *América Latina en sus ideas*, trabajo colectivo coordinado por el propio Leopoldo Zea y precedido por un texto introductorio de él mismo. Este libro, incorporado a la serie *América Latina en su cultura*, es fruto precisamente de la convocatoria expresada por la UNESCO a fines de 1967 y dirigida a un grupo de expertos sobre América Latina. El objeto de dicha convocatoria era planear la ya aludida serie acerca de Latinoamérica cuyos resultados están a la vista en los volúmenes monográficos que a lo largo de varios años la propia UNESCO, en coedición con la editorial Siglo XXI ha ve-



suelo, los deseos van quedando al descubierto. Separarse de los demás presupone ir a la búsqueda de algo que haga sentido. Ulises sale de Ítaca por motivos relevantes. Eugenio, que al final no sabe si suicidarse o huir, abandona a la familia sin una causa aparente. Y es que se trata del deseo, siempre fundado en la posibilidad del efecto. Para aprehender el mundo, es necesario abandonar por un tiempo su contacto inmediato. El deseo, ahito de humedad, vivo, real, hace parejas con la escritura. ¿Qué es lo que desea Eugenio? Y, entretanto, se produce la narración. ¿Habría algo que el narrador escamotea, a propósito? Sí, como en los deseos, un sustrato de intención se oculta.

Último exilio trata del recorrido de un hombre solitario, a la deriva, marcado por el zumo de todos los exilios. La vida diaria, el empleo, la esposa, adquieren la forma brutal del círculo. Es decir, se necesita burlar a lo cotidiano para burlar al monstruo de un solo, pero avizor ojo. El amor, el hijo, el dinero son una trampa y

Pero también resulta que Patán ha incluido otras voces, es más, ha introducido múltiples voces, hasta crear una complicada filigrana narrativa: el libre fluir de la conciencia, los recuerdos, la madre, el deseo, el padre, personajes mexicanos, y ese narrador proteico, a veces niño, a veces adulto que ajusta cuentas con el pretérito.

El resultado final es una escritura vigorosa, en la que, proustianamente, se recobra un pasado, se lo inculpa, se lo perdona, se lo persigue y finalmente se lo significa, a través de imágenes, en un principio borrosas pero que poco a poco se aclaran. Se trata de un mundo inmóvil que de repente se hace accionar y entonces no hay ya manera de pararlo.

Último exilio es, y lo dije antes de que Federico Patán recibiera el premio *Villaurrutia* 1986, de lo mejor que ha surgido en el horizonte narrativo mexicano de los últimos años. ♦

Federico Patán, *Último exilio*, Universidad Veracruzana, México, 1986, 140 pp.